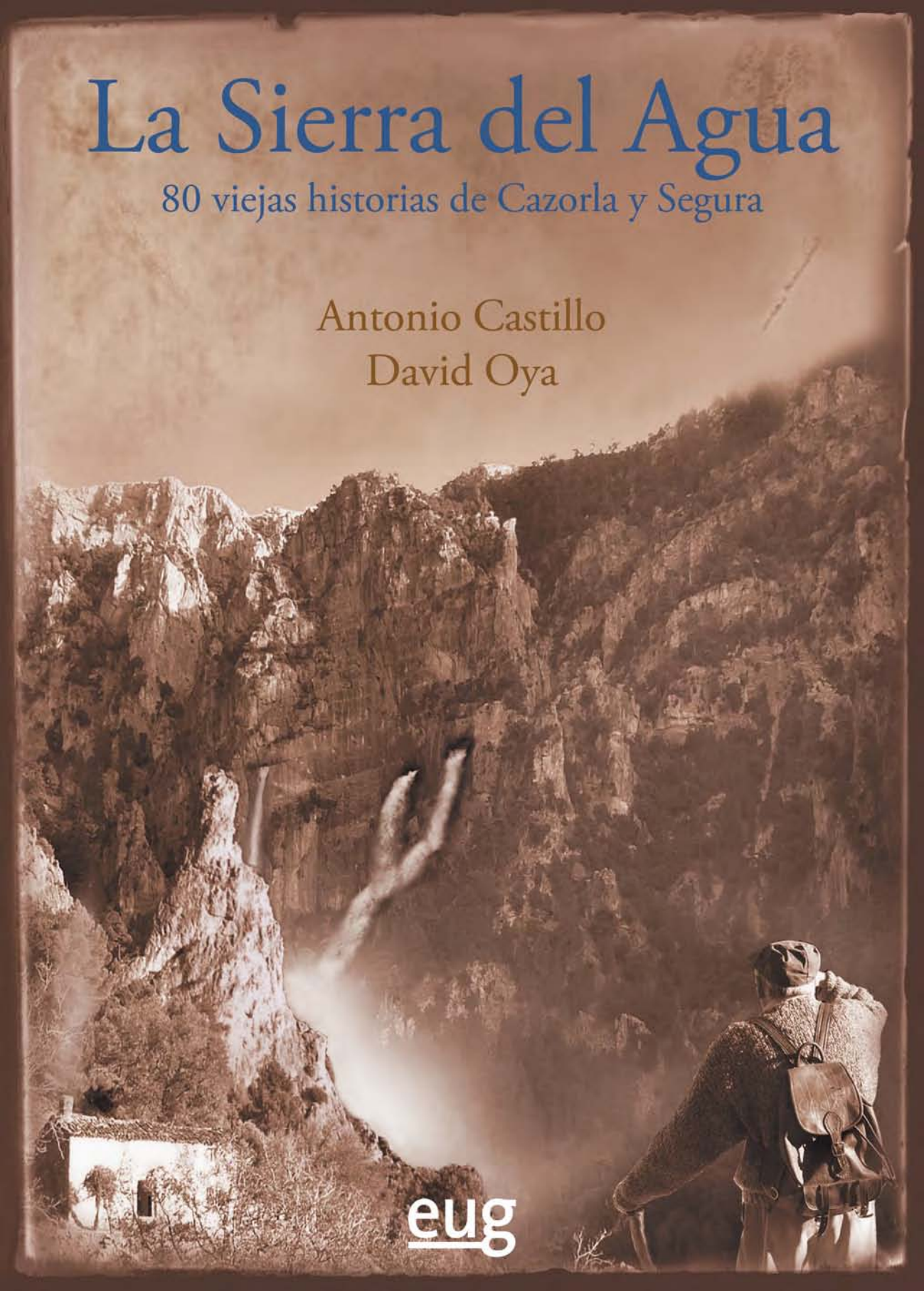


# La Sierra del Agua

80 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

OYA, D. y CASTILLO, A. (2012)

"La leyenda de la Virgen de Tíscar, y la Cueva del Agua"

En: "La Sierra del Agua: 80 viejas historias de Cazorla y Segura". ISBN: 978-84-338-5415-5.

Editorial Universidad de Granada. 157-159



## 36. La leyenda de la Virgen de Tíscar, y la Cueva del Agua

Por David Oya y Antonio Castillo



El santuario de Tíscar, junto al desfiladero donde se encuentra la Cueva del Agua (foto cedida por José Gómez)

NOS CONTARON los quesadeños que en aquellos tiempos en los que se sucedían las crueles batallas entre moros y cristianos tuvieron lugar unos hechos, quizás una leyenda, que los marcaría para siempre.

En el punto donde se unen las dos grandes murallas de piedra, la del Cerro de Don Pedro y la del Caballo de las Carboneras, existe una cueva, por cuyo interior se precipita una alta cascada procedente de un manantial próximo, razón por la que fue bautizada como la Cueva del Agua. El nacimiento venía del Cerro de Don Pedro y daba para el abasto

de hombres y animales, y el riego de campos de cultivo. Como lugar privilegiado por la cantidad de cuevas y aguas fue ocupado desde la más remota antigüedad. En las cuevas aparecieron pinturas rupestres. Aprovechándose del estratégico portillo de paso y del inexpugnable precipicio, en los voladeros de la roca se levantó una fortaleza romana, sobre cuyos restos se alzó después un modesto santuario, que, al parecer, albergaba una pequeña talla en madera de Cedro del Líbano de una virgen, llevada hasta allí por San Isicio (Hesiquio) en el año 35 de nuestra era. Como se sabe, el santo fue uno de los varones apostólicos que vinieron a evangelizar España, discípulo del apóstol Santiago. En época musulmana, sobre las construcciones anteriores, se levantó otra importante fortificación, el castillo de Tíscar.

Aquel paraje, por su inaccesibilidad, solidez de fortificación, riqueza en aguas y pureza del aire, era lugar de tronío entre las huestes musulmanas. La fortaleza del desfiladero tenía la función de controlar los movimientos de las tropas cristianas. Eran tiempos de escaramuzas y asedios, de ataques y defensas de la joya del Reino de Granada. Fueron muchas las batallas que se libraron en los pasos naturales de esas sierras de Cazorla entre los caballeros de la cruz y los guerreros de la media luna. Y así se mantuvo esa contienda, hasta que una noche de la primavera de 1319 el destino les tendría reservado a ambos bandos una recia batalla.

Aquel año, los cristianos se habían propuesto conquistar el castillo de Tíscar, con el fin de abrir paso a sus tropas hacia las tierras de Baza, y de camino recuperar la imagen de la Virgen María. Sin embargo, el castillo era prácticamente inexpugnable. Ni tan siquiera el uso de escaleras fue suficiente para asaltar las murallas. Cansados los mandos del ejército cristiano, al frente del infante don Pedro de Castilla, hijo del rey Sancho IV, de no hallar manera de superar los muros de la fortaleza, un bravo escudero se armó de valor para hallar una solución.

Pedro Hidalgo, que así se llamaba aquel valiente, se puso a escalar el tajo, hasta encaramarse a lo más alto de la Peña Negra. Ninguno de los mandos musulmanes había considerado viable esa posibilidad. Los vigías dormitaban, convencidos que nadie podría atacarles por arriba. Desde la

cima se dejó caer el valeroso Pedro Hidalgo consiguiendo matar a los diez centinelas abriendo paso. Ante este heroico acto, don Pedro de Castilla arengó a sus tropas. Dada la voz de alerta en el castillo, los musulmanes, en la creencia de que los cristianos lo que querían era recuperar la imagen de la Virgen, la arrojaron al río, con el fin de hacerles desistir de su lucha. Pero incomprensiblemente, la Virgen volvía a aparecer en su camarín. El caudillo árabe al frente de la fortaleza, Mahomad Andón, al ver que las tropas cristianas no retrocedían, enfurecido y desesperado cogió su alfanje y destrozó la imagen. Pero esto no hizo más que aumentar su angustia, y viendo al final que no podía defender la fortaleza, se arrojó al vacío, encontrando la muerte.

Cuando los cristianos se hicieron con el castillo, no pudieron más que recomponer los pedazos de la Virgen. Años después sería alzado un santuario en su honor y venerada la imagen dentro de la Cueva del Agua, en recuerdo de aquellos sucesos.

Quienes han oído contar esta historia, dicen que la sierra de Tíscar, donde abundan los manantiales, es lugar sagrado por excelencia. Tal vez sea como decían los árabes porque su nombre antiguo es «Tixcar o Túxcar», que significa lugar agradecido o adorable, o como citan otros autores, que Tíscar es «lugar donde hay agua, donde mana agua, donde corre agua».

Hoy día el lugar es sitio de recogimiento, respeto y veneración. Una espectacular comunión entre roca y agua, que desprende una magia especial. La imagen de la Virgen domina la gran caverna de la Cueva del Agua, también conocida por ello como Gruta de la Virgen de Tíscar. Por su interior se despeña una alta cascada, cuyas aguas quedan amansadas en el charco del Pilón Azul. Todo un espectáculo de la naturaleza que es contemplado por miles de visitantes cada año. En 1986 el entorno fue declarado Monumento Natural por la Junta de Andalucía.

La Virgen de Tíscar es patrona de Quesada y de todos los pueblos del antiguo *Adelantamiento* de Cazorla.

*En la sierra de Quesada  
hay un águila gigante,  
verdosa, negra y dorada,  
siempre las alas abiertas.  
Es de piedra y no se cansa.*

...

*Pasado Puerto Lorente,  
entre las nubes galopa  
el caballo de los montes.  
Nunca se cansa: es de roca.*

...

*En el hondón del barranco  
se ve al jinete caído,  
que alza los brazos al cielo.  
Los brazos son de granito.*

...

*Y allí donde nadie sube  
hay una virgen risueña  
con un río azul en brazos.  
Es la Virgen de la Sierra*

ANTONIO MACHADO, *La Virgen de Tíscar*, 1917

